

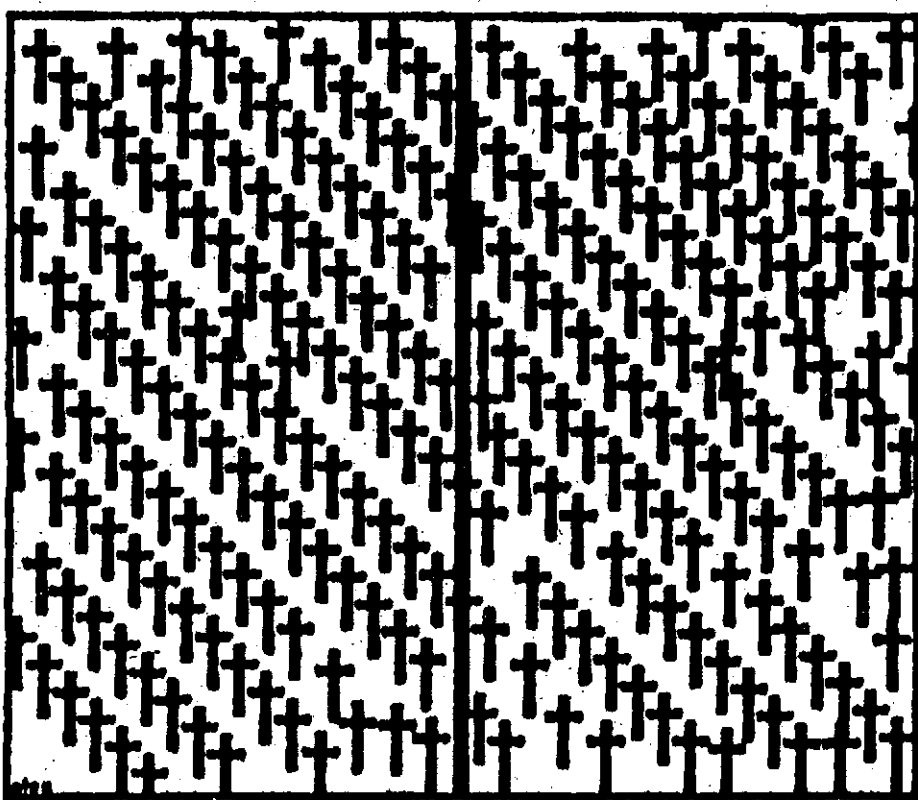
No todo es como el Ulster

VALENTÍN PUIG

TODAVIA es pronto para saber si un har-
tazgo de violencia inútil llevó al IRA a
proponer el 'cese completo' de su
actuación terrorista o si se trata de una nueva
táctica para ganar tiempo, sin abandonar el
objetivo final de obligar al Reino Unido a
que abandone el Ulster. A los veinticinco
años del despliegue del Ejército británico en
Irlanda del Norte para proteger a la minoría
católica, si el alto al fuego se prueba 'perma-
nente' —según reclamaba la declaración con-
junta británico-irlandesa en diciembre— la
topografía faccional ha de ir variando de
forma muy significativa, aunque es mejor no
olvidar que la historia del IRA abunda en tre-
guas traicionadas y falsas promesas de paz.
Después de diversas tentativas estériles, el ex-
primer ministro irlandés Garret Fitzgerald
escribió que tales contactos sólo tuvieron el
efecto de meramente prolongar la violencia,
al engañarse el IRA creyendo que un gobier-
no británico u otro accedería finalmente a
negociar un acuerdo.

Al hilo del comunicado del IRA, la situa-
ción actual de la lucha contra ETA y su situa-
ción interna han sido comparadas con el
caso del Ulster, sin enunciar circunstancias
notablemente dispares, para no perder la cos-
tumbre de interpretar cada uno de los aconte-
cimientos internacionales 'pro domo sua'.
A diferencia de las facultades autonómicas
del Gobierno vasco, Irlanda del Norte viene
siendo gobernada directamente desde Lon-
dres: en 1972 Londres suspendió los poderes
autonómicos del Parlamento de Stormont y
se pasó a la gobernación directa desde West-
minster. Como consecuencia del nuevo pro-
ceso, ahora el gran edificio neoclásico de
Stormont —antigua sede del autogobierno de
los seis condados del Norte y símbolo de la
hegemonía protestante— puede estar a la
espera de una transferencia de poderes.

En comparación con el progresivo desplie-
gue de la Ertzaintza, el Ejército británico —de
diez a doce batallones de infantería— lleva
un cuarto de siglo patrullando las calles y
campos del Ulster, como presencia imparcial
para evitar enfrentamientos entre los sectores
más agresivos de las comunidades católica y
protestante, que conforman un mapa electo-



EN ESTE GRAFICO HAY SIETE DIFERENCIAS. BUSCALAS

ral de características también muy distintas a
las del País Vasco, donde el fraccionamiento
religioso es un factor inexistente. En este
aspecto, la imagen poco positiva que algunos
reciben de la comunidad protestante no es
del todo justa e impide discernir que sus acti-
tudes, a veces recalcitrantes, pueden ser
incluso menos contraproducentes que el
afán de unión de los nacionalistas, ampara-
dos tan a menudo por los gobiernos de la
República de Irlanda. La volubilidad vocife-
rante del reverendo Ian Paisley tampoco tra-
duce el sentir mayoritario de la comunidad
protestante, mucho mejor representada por
un líder moderado y hábil como James Moli-
neaux, quien tiene más diputados que cual-
quier otro partido unionista en la Cámara de
los Comunes.

Todos los grupos unionistas constitucio-
nales representan la determinación de la
gran mayoría de la comunidad protestante

de continuar siendo parte del Reino Unido.
Es una opinión mantenida por el millón de
protestantes unionistas, pero también —
según algunas encuestas— por un 50% de la
minoría católica, siempre y cuando Londres
ofrezca suficientes garantías para su condi-
ción minoritaria. Para los unionistas, valen la
devolución de poderes —compartiendo el
poder con los católicos— o integración plena
de un Ulster que constitucionalmente es
parte del Reino Unido desde el Acta de
Unión de 1801.

El hecho de que la Constitución de la
República de Irlanda haya venido mante-
niendo su reivindicación territorial de los
condados del Norte añade otro factor que
diferencia en gran manera la situación del
Ulster de la del País Vasco: es la petición de
otro Estado —ahora dispuesto a retirarla en
su momento—, inexistente en el caso vasco.
De todos modos, más de la mitad de la

población de la República tiene menos de
veintiocho años y contempla el contencioso
del Norte con gran distancia, un nuevo esta-
do de opinión que quedó reflejado en la elec-
ción de Mary Robinson —voz de reconcilia-
ción y de entendimiento con los
unionistas— como presidenta de la Repú-
blica y con el posterior avance electoral del Par-
tido Laborista de Dick Spring, ahora ministro
de Exteriores y uno de los grandes protago-
nistas del momento. La predisposición del
Gobierno irlandés a revisar los artículos cons-
titucionales que reclaman los condados del
Norte arrumbaría un viejo dogma del nacio-
nalismo republicano. En las últimas eleccio-
nes, el Sinn Féin —rama política del IRA—
obtuvo en la República de Irlanda un 1,7%
de los votos.

Otro elemento que dificulta la compara-
ción entre las actualidades de Euskadi e Ir-
landa del Norte es la intervención tradicional de
la comunidad irlandesa en Norteamérica,
sensible a una visión tan falsa como romanti-
coide de rebelde irlandés que lucha contra el
invasor inglés. Además de ser ciego el afán de
Washington y Dublín por la unidad de Ir-
landa casi nunca precisa el método posible, la
euforia prematura de Bill Clinton —tan nece-
sitado de votos para una reelección, ya sea en
Florida o entre los americanos de origen
irlandés— pudiera incluso incrementar el
reclamo de los sectores unionistas, que vienen
suponiendo que Londres pactó a sus espal-
das.

Pasado el primer entusiasmo y ya con
alguna víctima de los grupos paramilitares
lealistas, queda poquísimo margen de manio-
bra para elaborar acuerdos de convivencia
duradera en Irlanda del Norte, con la dificul-
tosa hipótesis de una soberanía de interde-
pendencia británico-irlandesa que tampoco
existe entre los datos de la actualidad vasca.
Muchas otras son las diferencias entre Ulster
y Euskadi, aunque, dada la nueva situación
de los seis condados, lo más provechoso ha
de ser una coincidencia en el reestableci-
miento del consenso antiterrorista.

*Valentín Puig es escritor y periodista y
fue corresponsal de prensa en Londres.*

Morir, tal vez vivir

JULIA NAVARRO

HAY quienes manifiestan una preocupa-
ción e interés extraordinarios por la
vida, pero sólo hasta que esta se concre-
ta en ser humano en el momento justo del
nacimiento, un minuto después el ser que sale
del vientre de la madre ya no les quita el sueño.
Por eso siempre me ha sorprendido la habitual
pasividad ante los problemas de la miseria por
parte de quienes se oponen al control de la
natalidad. Si, como mucho, se lamentan, sien-
ten conmiseración, pero, qué cosas, esas vidas
que defienden con ahínco antes de que sean
personas, las dejan abandonadas a su mala suer-
te. Nacer pobre en el Tercer Mundo es lo habi-
tual. Y eso conlleva a mujeres dando a luz en
condiciones infrahumanas, la mayor parte de
las veces sin un médico al lado, sin ninguna
condición sanitaria, y mucho menos higiénica.
Los niños, si es que sobreviven, lo hacen en una
condición de miseria. Cualquiera que haya
viajado por el Tercer Mundo, ese mundo que
está ahí en muchos lugares de

América del Sur o de África, sabe que sólo
una minoría privilegiada puede acunar a sus
hijos, y que la inmensa mayoría, por pobreza y
desconocimiento, ve a sus hijos sufrir enferme-
dades erradicadas en nuestro confortable Occi-
dente hace décadas. Son niños que mueren de
gastroenteritis, sarampión, desnutrición, etc. La
Conferencia de El Cairo intenta dar, entre otras,
una respuesta para la planificación familiar.
Naturalmente ya se han alzado muchas voces
hipócritas en contra del asunto. Son voces, en
algunos casos, de gente que se lamenta de la
mala suerte de sus semejantes pero que les deja

librados a esa mala suerte.

La planificación familiar no tiene nada que
ver con el problema del aborto. De lo que se
trata es de enseñar y ayudar a miles de millones
de mujeres a que puedan adoptar medidas anti-
conceptivas para no tener hijos a los que no
sólo no pueden mantener sino que ya nacen
con la sentencia de muerte en el bolsillo. El
debate que se está librando en El Cairo no es el
del aborto, sino el de la enseñanza, formación,
y ayuda para la planificación familiar. El que las
mujeres sepan adoptar medidas de planifica-
ción que las eviten tener hijos a los que ver
inmediatamente enfermos y moribundos.

Planificar no es dejar de tener hijos, es sen-
cillamente tener el número que cada uno crea
que puede mantener y en las mejores condicio-
nes posibles para la familia y para el propio
hijo. Cuando uno ve a mujeres pariendo solas,
o con la ayuda de otra mujer, pero sin ninguna
medida sanitaria, y coger una infección que se
la lleva a la tumba precisamente por falta de
medidas higiénicas como consecuencia del des-
conocimiento, cuando se ha visto a niños
cubiertos por la tierra y la miseria, morir con ape-
nas dos o tres años de edad, cuando un hospital
y un médico es un lujo al alcance de una mino-
ría, entonces, no se echa en saco roto la impor-
tancia de que a las mujeres se les enseñe cómo
utilizar métodos anticonceptivos. Y vuelvo a
repetir que aquí el problema no es el del aborto,
tal y como algunos quieren hacer creer tortice-
ramente. Se trata de defender la vida dignamen-
te.

Julia Navarro es periodista.

La sociedad juzga

BARTOLOMÉ LOZANO PATO

LAS mujeres y hombres que imparten justi-
cia se ven a menudo inmersos dentro de la
polémica, pues su difícil función de 'dar a
cada uno lo suyo' constituye el eje fundamental
de un Estado de Derecho y de una sociedad libre.
Lo más avanzado y progresista de nuestro mode-
lo de justicia es fruto de la Revolución Francesa,
que consagró el principio de que el juez deb ía
ser la 'boca de la Ley'; con ello la Europa conti-
nental se desmarcó del modelo de justicia anglo-
sajona, para que las resoluciones de los tribuna-
les quedaran sujetas bajo el principio de la
seguridad jurídica y dentro del estricto marco de
la ley aplicable a cada caso. Por ello, no cabe
hablar de 'jueces misericordiosos' o, por el con-
trario, de jueces que estén 'faltos de piedad o
bondad' con los ciudadanos que son llevados a
los estrados para ser enjuiciada su conducta cri-
minal en caso de infringir el Código Penal. En la
Biblia, se distingue claramente entre el hombre
bueno y el hombre justo, pues el bueno sin que-
rerlo puede ser arbitrario favoreciendo a quien
no se lo merece, pero el hombre justo es el que
aplica la ley, y da a cada uno lo que le pertenece.

Se olvida a menudo que los jueces y tribuna-
les pronuncian su opinión a través de la senten-
cia razonada y argumentada en derecho, y que
dicha opinión se configura dentro de un proceso
en donde hay dos partes en disputa, en donde
existe una acusación fundamentada en pruebas
inculpatorias, que está representada por el
ministerio fiscal, y también por la acusación par-
ticular, que solicitan una condena basada en la
Ley, y por otro lado una defensa que, en el legí-
timo derecho que le otorga la Constitución y las

leyes, emplea todos los medios legales a su
alcance para conseguir la absolución del presun-
to criminal. Y dentro de esta tesitura, los jueces,
dan la razón a quien corresponda, sin la arbitra-
riedad que supondría la bondad o clemencia,
pues su oficio es aplicar las herramientas que la
sociedad les da, es decir la Ley. Ya vendrá des-
pués el Gobierno de la Nación a aplicar, a través
del indulto personal, los llamados principios de
'política de reinserción' en unos casos, y en otros
los principios de su 'política de compraventa' de
adhesiones y de pactos, para poner en libertad a
personas que se han destacado por su crueldad y
ensañamiento en delitos tan viles como los lla-
mados delitos de terrorismo.

Por tanto, no puedo aceptar, que la casuali-
dad y el azar sea la diferencia que en el plano
humano existe entre un juez y un criminal, y
que por tal motivo la opinión que expresan los
jueces a través de la 'sentencia' debería estar pre-
sidiada por la misericordia; tampoco puedo acep-
tar que los males de la justicia en España sean
culpa de los jueces, que se encuentran con los
juzgados repletos de expedientes en un número
superior al que sería el razonable. Pero aunque
resulte paradójico, este colapso en el aumento
de la litigiosidad que hace que todo el mundo
acuda a los tribunales a dirimir sus diferencias,
rechazando otras alternativas como puedan ser
los arreglos extrajudiciales, o los arbitrajes, se
debe sin duda al prestigio y la seriedad de las
mujeres y hombres que como jueces y magistra-
dos cumplen cada día la difícil labor de impartir
justicia y de juzgar en nombre de la sociedad.

Bartolomé Lozano Pato es abogado